

Roland no quería que Susana viese á la duquesa antes que él.

Pero la doncella de la duquesa le había ganado por la mano. Marchó apresuradamente al hotel de Frenieu y dijo algo al oído del cochero, el cual respondió:

—Descuidad, iremos á buen paso.

Nadie de la servidumbre de la duquesa se hubiese atrevido á discutir una orden de su confidente.

Cuando el coche del prefecto salía de la ciudad, el cochero pudo ver en lontananza otro coche que iba á escape.

A las cinco, la señora de Maillepré estaba hablando en el salón con Susana Carol, hacia diez minutos, cuando entró María Magdalena, llamada por su protectora, y detrás de ella Justina, diciendo:

—El señor prefecto pregunta si la señora le puede recibir.

—Hacedle entrar.

Susana se retiró y la duquesa dijo á Margarita, mostrándole su gabinete:

—Quedaos ahí y no os alejéis.

La hija del coronel, con la faz pálida, pero resuelta á todo, salía por una puerta cuando Roland entraba por la otra.

### III

#### De mano armada.

La entrevista de Roland Beroult con la duquesa de Maillepré era el encuentro de

dos enemigos: ni la una ni el otro se engañaban respecto de este particular.

Sin embargo, el prefecto del Cher esforzóse por aparecer afectuoso y galante, adelantándose con la más respetuosa deferencia hacia la señora de Maillepré, que le recibió de pie con la cabeza erguida, procurando disimular su emoción. Sin pronunciar una palabra le indicó un asiento y ella se sentó á su vez.

Roland tomó la palabra.

—¿Sin duda--dijo--conoceréis el objeto de mi visita?

--Así es--contestó la duquesa.

--En ese caso solo tengo que suplicaros vuestra aquiescencia para realizar un proyecto en que se halla tan interesado mi corazón.

--No os ocultaré mi sorpresa--dijo ella después dereflexionar un momento;--así, os pido algunos días... para consultar á la interesada. Tiene veinte años, es verdad, pero su salud es muy débil y hubiera querido robustecerla...

--¿Quizá tendréis otros proyectos acerca de ella?

--Ninguno. Pero ¿no teméis, que en la alta posición vuestra, este matrimonio perjudique vuestro porvenir?

Blanca es hija de una criada...

--No os preocupais por mi interés, señora duquesa. No solicito la mano de la hija de Susana Carol, sino la de la protegida de la señora duquesa de Maillepré, lo cual es bien diferente, como comprendéis.

—En efecto, hay alguna diferencia, pero es insignificante..

—No lo considero así. De cualquier manera, debo deciros que el cálculo no entra para nada en la petición que tengo el honor de haceros en este instante. Es una cuestión de sentimiento... No deseo más que la mano de Blanca y no aceptaré dote alguna. Vuestra estimación no tiene precio para mí y me lisongo con la esperanza de que me haréis participe del afecto que profesáis á vuestra *ahijada*, mientras por mi parte procuraré demostraros mi desinterés, debiendo manifestaros desde luego que soy bastante rico para mis necesidades y que cuento solo conmigo mismo para mejorar el por venir.

Roland Beroult pronunció las anteriores frases en tono de perfecta cortesía, pero subrayó intencionadamente la palabra *ahijada*, cargando la pronunciación sobre las dos sílabas de enmedio.

La duquesa comprendió que las amables formas del prefecto envolvían una amenaza, á que no podía atreverse aquel hombre sin conocer en todo ó en parte la verdad sobre el origen de Blanca.

Su instinto de madre la puso en guardia contra aquel enemigo que seguramente ocultaba un fin interesado, bajo el disfraz del amor.

El, por su parte, comprendió que la duquesa era tan difícil de engañar como su doncella, y que no obtendría su consentimiento sin lucha.

—Por Dios, señora duquesa,—dijo—os veo muy embarazada. Desde ayer camino de desengaño en desengaño. Me atrevo á decir que no esperaba encontrar tantas dificultades en un asunto de esta naturaleza, en el que tenía puesta toda mi esperanza. Aunque os parezca extraño lo que os digo, y quizá lo sea, debo hablaros con franqueza. Si estoy en Bourges es por Blanca, pues ya comprenderéis que mi interés me aconsejaba no dejar á Paris, en donde mi posición me daba un poder inmenso, á causa de los innumerables secretos de que mi cargo me hacía poseedor. Habiéndolo sacrificado todo por este enlace, os hareis cargo de la ansiedad con que espero vuestra contestación.

—¡Pero yo no soy la única con derecho á contestaros definitivamente!

—Permitidme creer, señora duquesa, que exagerais en este instante vuestra falta de autoridad y la autoridad de los demás..

—¿Con qué objeto?..

—¡Qué se yo! Pero el hecho es ese, ¿qué importa la causa? ¿Necesitaré ser franco hasta lo último? Siento haber de decir que encuentro una acogida glacial en esta casa, en donde esperaba ser mejor recibido. Susana Carol me ha respondido en un tono que no vacilaré en calificar de burlón...

—¡Oh! señor prefecto...

—¡Perdonadme!... Aunque joven, creo conocer un poco el corazón humano. Susana Carol, en vez de creer humildes mis pretensiones, parecía considerarme demasiado ambicioso al fijar mi mirada en una joven co-

mo su hija... Vos misma parecéis creer que bajo mi aparente desinterés, se oculta una mira de especulación... Juzgo por mis impresiones, y las traduzco libremente; pero podéis probarme que me engaño y me haríais dichoso, os lo juro.

—¿Por qué medio?

—Concediéndome la mano de vuestra protegida.

—Pero antes necesito...

—¿Consultar con ella? ¿No es cierto?

—Naturalmente.

—Os he prometido ser franco—dijo Roland sonriendo irónicamente—y os probaré que lo soy. Es inútil la consulta á la señorita Blanca... Creo conocer su pensamiento y puedo aseguraros que cuento con su asentimiento... Me explicaré. Algunas veces he visto á la señorita Blanca y si me presento ante vos, es con su conformidad.

—Entonces—dijo la duquesa estremecida—¿os habréis declarado á ella?

—El procedimiento sería incorrecto sin duda... ¿No es eso lo que pensáis? Pero puedo alegar, para justificarme, la excepcional situación de esta niña; sus modestas aspiraciones; mi posición, que en cierto modo me obligaba á hablar el primero; las especiales circunstancias en que la conocí. En una palabra, experimento por ella un sentimiento cercano á la pasión, ella no me rechaza, y si vos me rechazáis, la haréis seguramente tan desdichada como á mi.

La duquesa empezaba á ponerse colérica, adivinando bajo las irreprochables formas

de Roland Beroult una maquinación odiosa en que ella se sentía cogida.

—Comprendo perfectamente lo que me decís: pero yo no os conozco, no os he visto nunca, y es natural que necesite reflexionar sobre lo que solicitais. Si tenéis algunas objeciones que hacerme, razones que aconsejen otra conducta, decidlas sin ambages. ¿Las tenéis?

Roland hizo el gesto que debe hacer una hiena al arrojarse sobre su presa, y dijo:

—Las tengo.

—Veámoslas.

Roland aproximó su sillón á la mesa sobre la que se apoyaba la señora de Maillepré, y habló así:

—Vuestra pregunta me agrada, dándome una libertad que no hubiera querido tomarme. Hace unos instantes hablábamos de secretos... Los hay de varias clases, y si se sondea en la vida privada, se encuentran secretos casi en todas partes. ¿Qué diríais si se os amenazara con descubrir los vuestros?... No me atreveré á asegurar que la señorita Blanca sea la hija de una gran señora cuyo nombre callo; pero aseguro, sin temor de equivocarme, que no es hija de Susana Carol.

—¿Qué sabéis vos?—preguntó la duquesa, procurando aparentar calma, no obstante la tempestad que oía rugir sobre su cabeza.

—Lo sé.

—Venga la prueba.

—En la época del nacimiento de esta niña existía un caballero de alta alcurnia... muer-

to después en circunstancias que se prestaban á toda clase de conjeturas. Se llamaba el conde de Montevrón... Murió ahogado. ¿Os acordáis?

—Efectivamente.

—Hubo quien supuso que aquella muerte fué voluntaria.

—¿Por qué causa?

—Por un amor contrariado.

—¿Lo creéis?

—He visto y tengo cartas suyas.

—¡Imposible!— exclamó la duquesa.

—Las tengo—repitió Roland.

—¿Las habréis robado, entonces?

—La frase es dura—dijo friamente el prefecto,—y hacéis mal en pronunciarla, porque yo puedo ser para vos un amigo útil ó un enemigo peligroso, á elección vuestra. Yo aspiro á lo primero, creedlo.

—Continuad.

—Esas cartas no han sido robadas. En donde yo estoy llegan por millares, no se sabe cómo, esa clase de documentos... Se encuentran á lo mejor debajo de un asiento, en esos gigantescos montones de papel, que son algo así como la crónica escandalosa de una época, se pasa la vista casualmente por ellos, se leen por curiosidad; pero debe reconocerse, en justicia, la discreción de los que los poseen, puesto que los guardan para sí y no lo dicen á nadie, y si al decir esto hago referencia á mí mismo, es porque me obligáis á ello. ¿Qué he venido á hacer aquí? A pedir la mano de una joven á quien amo... ¿Por qué os he dicho lo que sé acerca de su

origen? Por responder á vuestras preguntas y vencer la oposición á mis proyectos más acariciados. ¿Queréis que termine aquí?

—Acabad—dijo la duquesa reprimiendo su indignación.

—M. de Montevrón no habla en esas cartas de su amante, ó por lo menos no la nombra; pero habla del fruto de sus amores, nombrándolo claramente. Esas cartas, dirigidas á un confidente íntimo, fueron escritas poco antes de su muerte, de la que habla como un hecho realizado. Una muerte así se llama suicidio... Con un poco de lógica, no sería difícil descubrir quién era la madre de esta niña. Por de contado, era notorio que en la época de su nacimiento M. de Montevrón, vuestro pariente, estaba apasionado de la señora duquesa de Maillepré. Por otra parte, ¿á qué título os habríais encargado del fruto de los amores del conde de Montevrón y de su amante, si ésta hubiese sido una extraña para vos? En fin, cuando nació esta niña, habíais desaparecido de Francia hacía seis meses; después se ha visto en vuestra casa á la niña, como hija de Susana Carol. La habéis criado, le habéis dado una educación superior á su clase, y es la niña mimada de vuestra casa; nadie se atreve, porque no lo consentiríais, á tratarla como hija de una criada. La misma Susana Carol tiene para ella atenciones extrañas, luego...

Roland vaciló un momento ó hizo como que vacilaba.

—Acabad—dijo friamente la duquesa.

—Luego Blanca no es la hija de Susana

Carol... Para mí, es hija de la señora duquesa de Maillepré.

Una sonrisa amarga apareció en los labios de la duquesa.

—He aquí—dijo—el gran amor de que yo desconfiaba. La pobre Blanca os enamora, no por ella misma, sino por ser la hija del conde de Montevrón y de la duquesa de Maillepré... No está mal combinado... Por desgracia, podéis engañaros; yo no dependo de nadie, y á mi edad se ha aprendido ya á despreciar ciertas amenazas y á no seguir más que los dictados de la propia conciencia. Tal vez habéis hecho mal en descubrirnos tan pronto, porque vuestra franqueza podría perjudicaros cerrándoos la puerta de esta casa...

Roland Beroult desvaneció las esperanzas de la duquesa.

—No—dijo levantándose.—Sería un niño si hubiese comprometido con vanas palabras lo que considero como la felicidad de mi vida. Deliberadamente os he revelado con toda sinceridad los pormenores que debo al acaso... No creais que he querido abusar... por el contrario. Amo á Blanca, y sin pretender averiguar vuestros derechos sobre ella, mi deseo más vivo es rodearos de todo el respeto que os es debido. Esperaré vuestra decisión... Si mañana quereis colmar mis deseos, no teneis que decirme más que una palabra. Si me rechazais, mi amor por Blanca es bastante fuerte para vencer todos los obstáculos...

Se inclinó profundamente después de

pronunciar estas frases, y se dirigió á la puerta.

La duquesa entró en su gabinete, y con voz alterada dijo á Margarita Souvray, que esperaba con el corazón oprimido el fin de la entrevista.

—María Magdalena, conducid al señor prefecto.

Roland Beroult estaba ya en el vestíbulo, pero al escuchar aquella orden volvió la cabeza, quedando como petrificado.

Margarita cerró detras de ella la puerta del salón, y dijo con voz sorda:

—Tened la bondad de seguirme, señor.

Roland se estremeció como si hubiese caído un rayo á sus piés.

—¿Vos?—murmuró con los dientes apretados, al verse delante de aquella aparición. ¿Vos viva?

Margarita, sin responder, continuó su camino seguida por Roland, que no podía explicarse por qué milagro estaba en aquella casa su víctima, que le parecía más encantadora que nunca.

De pronto recordó el nombre que le había dado la duquesa y se preguntó el motivo de aquel cambio.

Al llegar á la meseta de la escalera principal, la llamó por su verdadero nombre, sin obtener tampoco respuesta.

Entonces miró á su alrededor, y no viendo á nadie, tocó á la joven en la espalda, llamándola otra vez.

—Sí, yo soy—dijo ella volviéndose lentamente. ¿Qué me quereis?

—Al fin os encuentro—dijo con voz incisiva.

—¿Os habeis sorprendido?

—Lo confieso.

—¿Me creíais muerta tal vez?

—En efecto.

—Si vivo, no es por culpa vuestra, puesto que hicisteis cuanto estaba en vuestra mano para lanzarme por el camino de la desesperación.... He encontrado un refugio; no sé cuánto tiempo podré vivir en él; pero escuchadme: Dejadme seguir mi camino y seguid vos el vuestro. Si no, tened cuidado...

—¿Amenazas?...

—¿Por qué no? Me habeis hecho suficiente daño para que os odie hasta la muerte.

Roland sonrió.

—¡Os amo!—dijo.

—¡Qué blasfemia!

—Dejemos estas querellas—dijo vivamente,—pues son vanas. Demasiado sabeis que la partida entre nosotros es desigual: sería demencia que os empeñáseis en una lucha imposible. Reflexionad que yo volveré mañana.

—¿Vos?

—Tengo la seguridad de volver. ¿Qué habeis aquí?

—¿Qué os importa?

—Habeis cambiado de nombre.

—¡Silencio!

—¿Temblais? Ya veis que tenéis que temerle todo de una lucha desigual, mientras que la paz sería muy fácil entre nosotros....

Yo toco ya la meta de mis ambiciones... Nada puede estorbarme... La duquesa cederá, no obstante su orgullo, ó la aniquilaré, como todo lo que me resista.

—¿De modo que aquella joven de que me hablábais era Susana Carol?

—O Blanca de Maillepré, como queráis.

—¿Y os casareis con ella sin amarla?

—¿No lo sabeis?—dijo él con audaz cinismo.—¿Necesitaré repetiroslo?

—Es muy infame lo que haceis.

—La dote ya vale la pena de ello.

—¿Y creéis que puedo dejar que se cometa semejante crimen.

—¿Cómo lo impediríais?

—Diciendo la verdad... diciendo lo que habeis hecho... lo que sois.

—Nadie os creerá. Y por otra parte, sólo conseguiríais hacer desgraciada á esa joven por quien os interesais. Si sois amiga suya procederéis cuerdamente consultándola antes de hacer nada.

La hija del coronel se ahogaba, sintiéndose impotente contra aquel hombre, que jugaba con ella como el gato con el ratón.

—Pensad, pues—continuó Roland sonriéndose,—que para perderos no tendría más que pronunciar una palabra al salir de aquí. Me bastaría con decir en aquella terraza, donde veo una numerosa reunión: «Señorita Souvray, os presento mis respetos...» ó cualquier cosa parecida. Sin embargo, no he salido aún de mi sorpresa. Ignoro vuestro secreto. ¿Qué sería si lo supiese? Mañana lo sabré.